

JOHNNY CASH



ROBERT HILBURN

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Johnny Cash: The Life
Little, Brown and Company
A division of Hachette Book Group, Inc.
Nueva York, 2013

ES POP ENSAYO Nº 18
1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2018

Published by arrangement with Little, Brown and Company.

© 2013 by Robert Hilburn
© 2018 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2018 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Portadilla: Johnny Cash en 1970 © Globe Photos, Inc.
Para un listado completo de los créditos de
las canciones, consultar página 640.

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

ILUSTRACIÓN CASH:

César Sebastián

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-00-7
Depósito legal: M-29155-2018

ÍNDICE

Primera parte

CAPÍTULO 1 · Dyess y el sueño	11
CAPÍTULO 2 · Vivian y las Fuerzas Aéreas	35
CAPÍTULO 3 · Memphis y Sam Phillips	59
CAPÍTULO 4 · Sun Records, los Tennessee Two y <i>boom-chicka-boom</i>	70
CAPÍTULO 5 · “Hey, Porter”, “Folsom Prison Blues” y una niña	90
CAPÍTULO 6 · Louisiana Hayride y “I Walk the Line”	107
CAPÍTULO 7 · Columbia Records, “Big River” y las pastillas	126

Segunda parte

CAPÍTULO 8 · Hollywood, <i>Town Hall Party</i> y Lorrie Collins	147
CAPÍTULO 9 · <i>Ride This Train</i> y el rodeo de la prisión de Huntsville	163
CAPÍTULO 10 · Billie Jean y la propuesta de matrimonio	179
CAPÍTULO 11 · Casitas Springs y Saul Holiff	195
CAPÍTULO 12 · June Carter	208
CAPÍTULO 13 · Las drogas y el Carnegie Hall	219
CAPÍTULO 14 · “Ring of Fire”, “Understand Your Man” y Extremo Oriente	234
CAPÍTULO 15 · Newport, Bob Dylan, “Ira Hayes” y <i>Ballads of the True West</i>	253
CAPÍTULO 16 · Incendio en Los Padres y arresto en El Paso	269

Tercera parte

CAPÍTULO 17 · La guardia de la muerte	285
CAPÍTULO 18 · El divorcio, Bob Johnston y la historia de un suicidio	300

CAPÍTULO 19 · La prisión de Folsom y el matrimonio con June	314
CAPÍTULO 20 · <i>The Johnny Cash Show</i> y el megaestrellato	335
CAPÍTULO 21 · Kris Kristofferson, Billy Graham y Anita Carter	353
CAPÍTULO 22 · «Es un niño» y la Casa Blanca	365

Cuarta parte

CAPÍTULO 23 · Israel y la llamada	393
CAPÍTULO 24 · <i>The Gospel Road</i> y un cambio de representantes	405
CAPÍTULO 25 · Hombre de familia e icono nacional	420
CAPÍTULO 26 · Perdiendo la musa	435
CAPÍTULO 27 · Vuelven las pastillas y se lía parda	446
CAPÍTULO 28 · Nadie escucha	460

Quinta parte

CAPÍTULO 29 · En Betty Ford y rechazado por Columbia Records	481
CAPÍTULO 30 · El inicio de la era Mercury y una operación de corazón	495
CAPÍTULO 31 · Branson, el Salón de la Fama del Rock and Roll y U2	509
CAPÍTULO 32 · Rick Rubin	520
CAPÍTULO 33 · Camino del último concierto y haciendo frente a los achaques	536
CAPÍTULO 34 · Héroe otra vez	549
CAPÍTULO 35 · “The Man Comes Around” y “Hurt”	564
CAPÍTULO 36 · Los últimos días	585
EPÍLOGO	605

<i>Agradecimientos</i>	611
------------------------	-----

<i>Guía de discos y DVD</i>	615
-----------------------------	-----

<i>Fuentes y bibliografía</i>	621
-------------------------------	-----

<i>Índice onomástico</i>	641
--------------------------	-----

CAPÍTULO I

DYESS Y EL SUEÑO

I

EL PASEO DE CUATRO KILÓMETROS DESDE LA GRANJA de cinco habitaciones subvencionada por el gobierno federal en la que residían los Cash hasta el centro de la localidad rural de Dyess, Arkansas, tenía la distancia justa para que al joven J.R. se le llenara la cabeza de sueños. Durante años, el tercer hijo de Ray y Carrie Cash recorrió aquel estrecho camino de grava con sus compañeros de clase, mientras fantaseaban juntos con ser protagonistas de películas de vaqueros como Gene Autry y Tex Ritter. Pero, más que nada, J.R. disfrutaba paseándolo a solas, sobre todo por la noche, cuando la oscuridad se le antojaba un escudo frente al resto del mundo, otorgándole libertad para perseguir un sueño que, para él, revestía mucha más importancia de la que estaba dispuesto a admitir.

En aquellas noches, J.R. cantaba con frecuencia para sí mismo, según les contaría más tarde a sus amigos cuando rememoraba su infancia, en parte para acallar su inquietud cuando oía el deslizarse de los crócalos entre la hierba o los aullidos de los pumas al acecho entre la espesura, a escasos cientos de metros. Años después, algunos de los viejos amigos de J.R. e incluso su hermana pequeña, Joanne, se reían por lo bajini ante la idea de que pudiera haber pumas en el bosque. Serpientes sí, puede que incluso algún que otro lince, pero nadie había oído hablar nunca de pumas. «Tenía una gran imaginación», cuenta A. J. Henson, que en ocasiones recorría aquel camino de grava con su amigo. El mismo Cash reconoció a menudo que nunca dejaba que los hechos se interpusieran ante una buena historia, pero —tal como lo expresaba Joanne— al menos una cosa es indudable sobre sus años en Dyess: a J.R. le encantaba cantar.

La música tenía algo que le resultaba más mágico aún que las películas, una fascinación natural. Su familia siempre había recurrido a las canciones en busca de consuelo e inspiración, particularmente su madre. Poco después de empezar sus estudios de primaria, J.R. supo que quería ser cantante en la radio y comenzó a pensar en aquel camino de grava nocturno como su escenario secreto. Cuando se sentía especialmente bien, se detenía al terminar una canción, levantaba la mirada hacia la luna de Arkansas y hacía una reverencia.

La primera canción que J.R. recordaba haber oído era un viejo himno, “I Am Bound for the Promised Land”. Sólo tenía tres años, pero se unió al estribillo —*Oh, ¿quién irá y vendrá conmigo? / Viajo rumbo a la tierra prometida*— mientras su madre la cantaba durante el trayecto de cuatrocientos kilómetros en la camioneta de plataforma con la que la familia y su escaso mobiliario atravesaron Arkansas. Atrás dejaban su natal Kingsland, en la montañosa región centro-sur del estado, rumbo a las fértiles y negras llanuras de la Región del Delta, en Dyess, en la esquina noroeste. Gracias al programa New Deal de Franklin Delano Roosevelt, iban a tomar posesión de lo que, según les contó su madre, sería su pequeño rincón de tierra prometida en este mundo.

Pero durante la mayor parte del viaje de dos días en marzo de 1935, J.R. y sus hermanos mayores, Roy (nacido en 1921) y Jack (1929), se acurrucaron juntos debajo de una lona alquitranada en la plataforma de la camioneta, intentando guarecerse del frío y la lluvia inclemente. El recorrido por carreteras embarradas resultaba aún más aterrador debido a que el vehículo frecuentemente pillaba baches con tal fuerza que los muchachos temían que las ruedas fueran a salir despedidas de un momento a otro. Su madre intentó calmarles a ellos y a sus hermanas, Reba (1934) y Louise (1923), con canciones y la promesa de que Dios velaba por la familia.

La historia de Dyess hunde sus raíces en la Gran Depresión, cuando la mayor parte de los granjeros del estado, incluido el padre de J.R., se las veían y deseaban para salir adelante. La caída del precio de la bala de algodón de 225 kilos, de 125 dólares en 1928 a 35 en 1932, había sumido en el pánico a los granjeros, poniendo en peligro su capacidad para mantener a sus familias. Según la versión popular de un complicado entramado burocrático, el presidente Roosevelt acudió al rescate con un plan ideado para proporcionarles a los consternados trabajadores la oportunidad de asegurar su futuro. A través de la Administración Federal de Ayuda de Emergencia (FERA por sus siglas en inglés), se destinaron fondos a la construcción por todo el país de pequeñas comunidades cooperativas que proporcionasen un hogar, veinte acres de tierra y un reducido estipendio anual para comida y ropa a los granjeros merecedores de ello. El experimento social también requería una

serie de edificios dedicados a los servicios de apoyo, como una desmotadora de algodón, un almacén general, un restaurante, una escuela, un hospital, una oficina de correos y una gasolinera.

Denominada oficialmente «Proyecto de Colonización nº 1», Dyess fue una de aquellas primeras cooperativas. En mayo de 1934, más de 1.300 trabajadores seleccionados entre las listas del paro de Arkansas comenzaron a levantar casas y a abrir carreteras en una extensión de terreno de 6.500 hectáreas. Al mismo tiempo, el Gobierno comenzó a aceptar instancias de candidatos a granjeros en Dyess. Uno de los requisitos inapelables era ser blanco. No se trataba de beneficencia, se les dijo a los aspirantes. Antes de recibir el título de propiedad, los nuevos habitantes del pueblo deberían trabajar la tierra y usar el dinero generado por sus cultivos, principalmente algodón, para devolverle al Gobierno el coste de la casa, el terreno y el estipendio. Cuando Ray Cash oyó hablar en la radio sobre el proyecto de Dyess, decidió presentar de inmediato su solicitud.

Miles de hombres sumidos en la indigencia hicieron cola frente a oficinas gubernamentales de todo el estado para solicitar una de las tan solo quinientas granjas disponibles. Ray Cash no se dejó intimidar. Se presentó como precisamente la clase de hombre de familia trabajador, diligente y fervientemente patriota que consideraba que estaban buscando los funcionarios públicos. Sus raíces paternas en Norteamérica se remontaban a 1667, cuando uno de sus ancestros, William Cash, cruzó el Atlántico desde Escocia a bordo del *Good Intent* y se instaló en el condado de Essex, en Massachusetts. Posteriormente, los descendientes de William emigraron a Virginia a principios del siglo XVIII y, más tarde, a Georgia, donde nació Reuben Cash, el abuelo de Ray.

Después de que su plantación quedara destruida por las tropas del general William T. Sherman durante la Guerra de Secesión, Reuben, que había luchado como soldado confederado, se mudó en 1866 a Arkansas. El padre de Ray, William Henry Cash, tenía seis años. Cuando creció se hizo granjero y predicador baptista itinerante que oficiaba en cuatro condados bastante distantes entre sí. Ray, uno de sus doce hijos, nació en 1897.

Durante la entrevista de selección para el terreno en Dyess, Ray recalcó no sólo su historial militar (estuvo destacado brevemente en Francia durante la Primera Guerra Mundial), sino también lo duramente que había trabajado para mantener a su familia después de que la agricultura dejara de ser rentable, realizando todo tipo de trabajos que en ocasiones le obligaban a recorrer varios kilómetros al día para cortar madera en una serrería o subirse a un tren de mercancías rumbo a Charleston, Mississippi, para ayudar a dismantelar una planta química. Aun así, no existía

ninguna garantía de que fuera a ser seleccionado y Ray estaba desesperado por asegurarse un empleo fijo. Tras finalizar la rigurosa entrevista, sufrió una semana de noches en vela antes de recibir la buena nueva. Ray Cash fue uno entre los tan solo cinco candidatos de todo el condado de Cleveland aceptados para el programa.

Tras el agotador viaje en camioneta desde Kingsland, los Cash llegaron a su nuevo hogar en Dyess, detallado en los registros de la colonia como «casa número 226» en la Carretera 3. Años más tarde, las fotos de las primeras edificaciones en Dyess hacen que las residencias parezcan primitivas y austeras, devolviéndonos a la memoria las crudas instantáneas de pobreza captadas por Walker Evans durante la Gran Depresión. De hecho, varios días de lluvias torrenciales habían dejado el terreno tan suma y profundamente embarrado que Ray tuvo que dejar la camioneta a cien metros de la casa y llevar a J.R. en brazos el resto del camino. Aun así, a los Cash su nuevo hogar se les antojó una mansión. Estaba pintada de blanco con ribetes verdes y las ventanas tenían cristales en vez de sacos de harpillera. Los siete miembros de la familia recorrieron la casa y el granero, admirándolos tal como los granjeros examinarían a una vaca de competición.

Sin embargo la emoción rápidamente se disipó a medida que Ray y su hijo mayor, Roy, emprendían la ardua tarea de limpiar el terreno. En 1997, Cash describió en *Johnny Cash: The Autobiography* las torturadas tierras de la colonia como «una selva, una verdadera selva de fresnos, álamos negros y nogales, además de cipreses y coscojas. En algunos lugares, los árboles, las enredaderas y la maleza se enmarañaban entre sí de tal manera que no había forma de atravesar la espesura, que se extendía por debajo del agua».

Según Cash, su padre y su hermano despejaban la breña desde que amanecía hasta la puesta del sol, seis días a la semana, «comenzando por el terreno más elevado y abriéndose camino hacia abajo, palmo a palmo, cortando con sierras, hachas y hoces Kaiser —machetes de mango largo—, para luego dinamitar y quemar los tocones». Tan ardua y formidable era la labor que aquella primavera, a comienzos de la temporada de siembra, los Cash sólo habían conseguido limpiar una de sus ocho hectáreas. Docenas de recién llegados a Dyess se dieron por vencidos y volvieron a marcharse, rezongando que todo el programa era un chanchullo. Corrieron los inevitables rumores sobre corrupción política e incluso personas ajenas empezaron a interesarse por el asunto. Aunque los fondos para su construcción provenían del gobierno federal, la colonia le debía su existencia a un joven terrateniente y comisario electoral de Arkansas más que a cualquier político de Washington. Fue en honor de este hombre, William Reynolds Dyess, que la colonia acabaría recibiendo su nombre.

Conmovido por el impacto de la Depresión sobre los agricultores del estado, Dyess comenzó a hacer campaña a comienzos de los años treinta a favor de un programa gubernamental que ayudase a los granjeros y sus familias. Tras conocer la existencia de la FERA, W. R. Dyess se puso en contacto con Harry Hopkins, el director del programa en Washington, que le concedió más de tres millones de dólares. Al mismo tiempo, Dyess fue nombrado representante de la FERA en Arkansas. A continuación escogió una zona situada a unos treinta kilómetros de su ciudad natal, Osceola, como emplazamiento para la colonia. La ubicación y posteriores compras despertaron interrogantes. Cuando en 1934 se supo que Dyess se estaba planteando presentarse a gobernador o posiblemente a senador, sus oponentes comenzaron a hacer preguntas incómodas sobre la colonia.

Los terrenos en cuestión formaban parte de una franja que abarcaba tres condados, conocida en Arkansas como «las tierras hundidas», un territorio transformado por una serie de terremotos acontecidos en 1811 y 1812. Los cambios estructurales causados por los terremotos, cuyo epicentro estuvo a tan sólo cincuenta kilómetros al noreste del futuro emplazamiento de Dyess, provocaron que varios tramos de tierra se hundieran hasta quince metros en determinados lugares y que las aguas se desbordaran, convirtiendo gran parte de la zona en un marjal tomado por la maleza y esa tierra palustre que los lugareños denominaban «gumbo».

¿Por qué —querían saber los detractores de Dyess— había escogido el director del programa aquellos terrenos en concreto; unos terrenos por los que ningún granjero en su sano juicio habría optado? ¿Acaso la compra fue un favor personal para Lee Wilson, amigo de la familia y anterior propietario de las pantanosas tierras? Los defensores del proyecto argumentaron que en los años treinta la desesperación era palpable en todo Arkansas y que los terrenos de la colonia habían sido una ganga. El estado se habría visto severamente criticado, sostenían, si Dyess hubiera invertido los fondos federales en comprar tierras de labranza de primera. Adquiriendo una propiedad que, en esencia, nadie más deseaba, se había asegurado de que la colonia obtuviera un mayor número de acres por el mismo dinero. Este último fue, a la larga, el punto de vista aceptado por la mayor parte de los residentes en Dyess, que desdeñaban al pequeño grupo de detractores de la colonia como una minoría «radical» o «alborotadora».

No obstante, se produjo suficiente revuelo como para que en 1934 la FERA enviase a tres inspectores para investigar las quejas contra W. R. Dyess. Un miembro del equipo acusó a Dyess de malversación por haber dedicado parte del dinero a mejorar carreteras en zonas que no formaban parte de la comunidad, sino que eran propiedad suya y de Wilson. Aparte de eso, el trío no halló mayores pruebas

de delito. En Washington, Harry Hopkins no hizo el menor intento por destituir o penalizar a Dyess. Posteriormente surgieron acusaciones adicionales de fraude fiscal e irregularidades en las nóminas, pero los partidarios de Dyess las desestimaron como calumnias de sus oponentes políticos y nuevas investigaciones formales no llegaron a revelar problemas graves.

El 24 de enero de 1936, apenas unos meses antes de la constitución formal de la colonia, el debate sobre W. R. Dyess pasó a la historia; el hombre detrás del sueño falleció en un accidente de aeroplano. En cualquier caso, los residentes de la nueva colonia siempre habían considerado su salvador al presidente Roosevelt —y no a su vecino—. La consoladora voz de FDR a través de la radio y su política del New Deal devolvió la esperanza a millones de personas. El presidente era adorado por los ciudadanos de Dyess y a ojos del joven J.R. adquirió cualidades propias de un santo. Roosevelt nunca visitó la colonia, pero su esposa, Eleanor, estuvo presente el 9 de junio de 1936 para la inauguración del nuevo edificio administrativo.

La señora Roosevelt, que había alentado vigorosamente la labor de Harry Hopkins proporcionando auxilio de emergencia por todo el país, llegó con un coche y chófer, acompañada de cuatro agentes motorizados de la policía estatal. Tras dar un breve discurso desde el porche del edificio de dos plantas, dedicó horas a estrechar la mano de las aproximadamente 2.500 personas que acudieron al acto, entre ellas J.R. Al menos así lo recordaba él. Su amigo de la infancia J. E. Huff afirmaría más tarde que la señora Roosevelt se limitó a palmearles la coronilla a los dos. En cualquier caso, J.R. convenció a sus padres para quedarse un rato en el centro del pueblo y viendo almorzar a la primera dama a través de la cristalera del Dyess Café.

El hecho de que el Gobierno les hubiera dado una segunda oportunidad a su familia y vecinos infundió en el joven un marcado patriotismo y un profundo respeto por la presidencia del país.

II

Aunque J.R. no debería comenzar a recolectar algodón hasta que hubiera cumplido los seis años, ya con cuatro comenzó a llevarles agua al campo a sus familiares y a menudo remoloneaba para quedarse cantando góspel con ellos. También se sentaba a los pies de su madre por las noches en el salón mientras ésta interpretaba las mismas tonadas con una guitarra acústica o en el piano vertical familiar de 37 dólares. Todas las canciones provenían de un viejo libro de himnos baptistas y acabaron grabadas a fuego en su ser; durante gran parte de su vida, J.R. cantaría para sí mismo como mínimo una de ellas, a menudo “I’ll Fly Away” o “Softly and

Tenderly”, prácticamente a diario. En el futuro, cuando se sintiera sobrepasado por su drogadicción y otras presiones, recurriría a menudo a la música como refugio; la pureza de la música era un lugar de consuelo y reafirmación.

Carrie Cash adoraba el góspel y lo escuchaba en la radio Sears de batería que Ray había comprado para la familia; todo un lujo en su atribulada comunidad agraria. J.R. se sentaba con su madre y escuchaba a los cantantes de góspel, pero también se sentía atraído por la música country preferida por su hermano Roy. Sentado junto a la radio, a J.R. le fascinaba comprobar que Roy escuchaba a los cantantes de country con la misma devoción que su madre reservaba para los de góspel. Aunque tardó años en expresarlo verbalmente, encontró algo cálido y satisfactorio en el modo en el que la música unía a las personas y elevaba sus espíritus. Cada momento con la radio era valorado como algo especial, pues la capacidad de la batería era limitada y recargarla salía caro.

J.R. pronto comenzó a seguir a los cantantes a los que oía en la radio tal como otros muchachos de Dyess coleccionarían más tarde cromos de béisbol; cautivado por ellos, memorizaba sus nombres y sus estilos vocales individuales. Además tenía una memoria extraordinaria para las letras. A menudo retaba a Roy a ver cuál de los dos se sabía más letras de los diversos éxitos country del momento y siempre ganaba. También aprendió en qué lugar del dial estaban las emisoras de música country —como WLW en Cincinnati, una cadena fronteriza en México o WSM en Nashville— y a qué horas emitían sus programas favoritos, para poder aprovechar al máximo sus preciados minutos de escucha.

No obstante, J.R. no se limitaba al country y al góspel. Algunas emisoras radiaban country y pop, y el chiquillo hambriento de música esperaba con ansia el momento de oír cualquier tema de Bing Crosby o, más adelante, el *rhythm & blues* primerizo de los Ink Spots. A medida que se fue haciendo mayor, también amplió sus hábitos de escucha para incluir los dramas de misterio de quince minutos como *I Love a Mystery* e *Inner Sanctum*. También seguía programas de comedia y concursos como el show de Jack Benny y *Truth or Consequence*. Pero su primer amor siguió siendo la música country y el góspel.

El primer cantante de country al que J.R. recordaba haber oído era Jimmie Rodgers, conocido por millones de fans en el Sur y el Suroeste a finales de los años veinte y primeros de los treinta como el «Guardafrenos Cantante», porque había trabajado en el ferrocarril, sobre el que cantaba a menudo. Gracias a un enfoque accesible, entre sentido y campechano, y a unas canciones sobre vidas errantes que estimulaban la imaginación de su público predominantemente rural, Rodgers fue la primera superestrella del country. La primera de sus canciones que escuchó J.R.

fue “Hobo Bill’s Last Ride”, el melancólico relato de un hombre solitario que fallece lejos de su hogar en un vagón de carga una noche gélida. J.R. tendría unos cinco años y la letra le recordó las angustias de su viaje en la camioneta desde Kingsland, así como las ocasiones en las que había visto a su padre bajar de un salto de un tren de mercancías cuando regresaba de alguno de sus viajes en busca de trabajo.

La música de Rodgers le pareció tan íntima e inmediata que J.R. estaba convencido de que el cantante la estaba interpretando en directo a través de la radio sólo para él. Como los Cash no tenían fonógrafo, no entendía que lo que había escuchado era una grabación, algo que podía reproducirse una y otra vez. Pocos días más tarde, se entusiasmó al oír nuevamente la voz de Rodgers en la radio y echó a correr por toda la casa, intentando convencer a todos para que se sentaran con él a escuchar aquella historia sobre el hombre solitario y agonizante. Tan honda impresión le causó el cantante que, años más tarde, J.R. les contaría a algunos de sus compañeros del colegio que había recibido su nombre en honor de Jimmie Rodgers. En realidad, las iniciales fueron fruto de unas tablas entre sus padres, que no acababan de ponerse de acuerdo en el nombre. Su madre había querido llamarle John, por su abuelo paterno, John Rivers. Su padre dijo que debería llamarse Ray. De modo que acabaron conformándose con las iniciales. (Cash firmó algunos de sus escritos infantiles como JR, pero J.R. era la fórmula más común). El chiquillo también sentía una particular predilección por los estilos luminosos y pegadizos de la Familia Carter y Gene Autry, pero el otro tema que más hondo le caló de entre los que escuchó en la radio durante su infancia fue “The Prisoner’s Song”, de Vernon Dalhart, que en 1924 había sido el primer disco de country en superar el millón de unidades vendidas. Al igual que “Hobo Bill’s Last Ride”, el éxito de Dalhart narraba la historia de un marginado solitario. Ambas canciones reflejaban temas de angustia y penurias que luego figuraron de manera prominente en muchas de las composiciones de Cash. Éste me diría más adelante que le resultaba edificante escuchar canciones sobre momentos difíciles, especulando que a lo mejor obtenía tal sensación simplemente del hecho de que alguien se hubiera preocupado lo suficiente por la gente en apuros como para componer canciones sobre ella.

De pensamiento siempre práctico, Ray se percató pronto de la fascinación de su hijo por la música e intentó sofocar lo que él consideraba un pasatiempo frívolo. Cash recordaba a su padre diciéndole a menudo: «Deberías apagar eso».

La primera crisis de consideración para los residentes en Dyess se produjo a comienzos de 1937. Unas lluvias torrenciales castigaron durante días gran parte del delta, desbordando el Mississippi y otros ríos de la región, e inundando numerosos

pueblos y granjas circundantes. Parecía como si sus sueños de un futuro mejor fueran a desaparecer arrastrados literalmente por la corriente. Para añadir dramatismo al trauma, las lluvias no fueron constantes, sino que en ocasiones daban paso a un cielo despejado, suscitando por momentos la esperanza de que la colonia fuera a salvarse. Pero las lluvias regresaron con mayor intensidad el 21 de enero y los servicios de emergencia comenzaron a desalojar familias para llevarlas a un terreno más elevado. A la caída de la noche, entre setecientas y ochocientas personas se apelotonaban en el centro comunitario. Pero no fueron las aguas del Mississippi las que amenazaron a los ciudadanos de Dyess, tal como Cash contaría a menudo más tarde, sino las del mucho menos conocido río Tyronza, que fluía justo a través de la colonia.

Al mediodía del día siguiente, el número de personas refugiadas en el centro comunitario se había duplicado. A medida que las condiciones empeoraban (hacía tanto frío que la lluvia se helaba nada más tocar el suelo, lo cual dificultaba operar camiones y tractores), los miembros de la colonia que podían recurrir a parientes de otros lugares comenzaron a abandonar Dyess en tren. Aquella noche las aguas crecieron con mayor rapidez que nunca y en la mañana del día 23 quedó claro que se imponía una evacuación casi total; llevaban tres días sin electricidad.

Carrie y los Cash más pequeños fueron de los primeros en marcharse, regresando en tren a Kingsland para alojarse con unos familiares, sin saber si alguna vez podrían volver. Ray Cash se quedó en Dyess con Roy, con la esperanza de salvar la casa y ayudar en las labores de rescate. A pesar del miedo y los trastornos, sólo se produjeron dos muertes en la zona... y las aguas pronto comenzaron a retroceder. Llegado el 3 de febrero, las carreteras ya se habían secado y se emitió un comunicado notificando que era seguro regresar. En menos de dos semanas los Cash habían vuelto a su hogar, con tiempo de sobra para celebrar el quinto cumpleaños de J.R. el 26 de febrero.

El drama vivido aquellos días seguía presente en la mente de J.R. casi un cuarto de siglo más tarde, cuando compuso "Five Feet High and Rising", una canción sobre la inundación que pasaría a ser uno de sus temas más representativos. Reflexionando posteriormente sobre la canción, que apareció en un álbum de 1959 titulado *Songs of Our Soil*, Cash interpretó el infortunio de la inundación como otro ejemplo del poder de la fe y de una comunidad que trabaja de manera conjunta.

«Mi madre siempre me enseñó que de la adversidad pueden salir cosas buenas si tenemos fe en el Señor», decía, explicando la génesis de la canción. «No pudimos ver nada positivo en las aguas desbordadas cuando nos obligaron a abandonar nuestro hogar, pero cuando retrocedieron descubrimos que habían dejado una

espesa capa de negra tierra fértil sobre todas nuestras tierras. Al año siguiente tuvimos la mejor cosecha de nuestra vida».

Gracias a la fructífera capa de tierra nueva, el 8 de febrero de 1938, Ray pudo pagarle al Gobierno 2.183,60 \$ con los que cubrió los costes de los terrenos y de los estipendios recibidos. Las ocho hectáreas de tierra del delta eran ahora de su propiedad y la vida en Dyess parecía sonreírle. Toda la familia le agradecía a Dios su buena fortuna tres veces por semana en la Primera Iglesia Baptista, cerca del centro del pueblo. Aquel edificio de dos plantas fue tan importante en la vida del joven J.R. como la radio.

III

A J.R. le enseñaron a creer de manera literal en el cielo y el infierno, la salvación y la condenación eterna. También se le advirtió que recelara de otras religiones. Los católicos, le dijeron, no respondían ante Dios, sino ante un misterioso tirano que vivía en Roma, y los judíos habían matado a Jesucristo. Más tarde, Cash rechazó aquella manera primitiva de pensar, mostrando sobrada tolerancia ante las creencias de los demás como para casarse con una católica, Vivian Liberto, y accediendo a educar a sus hijas en esa fe. Cuando una de ellas, Rosanne, se casó con un judío, el productor y guitarrista John Leventhal, Cash lo acogió con afecto en la familia. También el racismo campaba a sus anchas en Dyess y Cash tardó algún tiempo en conseguir sacudirse de encima su veneno.

J.R. acompañaba al resto de su familia a la iglesia todos los domingos por la mañana, los domingos por la tarde y los miércoles por la noche. Al contrario que otros críos, que se quejaban por tener que ir a misa, él esperaba con ganas la música, los sermones y el sentimiento de comunidad. Igual que la música había caldeado su hogar, la iglesia le ofrecía consuelo. Para cuando J.R. cumplió los nueve años, ya tenía dos nuevos hermanos, Joanne (nacida en 1938) y Tommy (1940). De todas las cosas que oyó sobre la Biblia y los Diez Mandamientos, ninguna le pareció más importante que honrar a su padre y a su madre, y rezaba porque en un futuro pudiera acabar teniendo una mujer cariñosa y, con ella, una familia. Incluso se imaginaba el tipo de esposa que deseaba y la manera en la que educaría a sus hijos. Debería ser tan dulce y devota como su madre, y J.R. quería darles a sus hijos e hijas el mismo afecto que ella le brindaba incondicionalmente. Sin embargo, cuando pensaba en el hombre que le gustaría ser, pensaba en Jack, su hermano mayor, nunca en su padre.

Jack, así llamado en honor del campeón de los pesos pesados Jack Dempsey, era la niña de los ojos de toda la familia. Guapo, inteligente, extrovertido y generoso,

decidió desde muy temprana edad que serviría al Señor haciéndose pastor. Incluso otros habitantes de Dyess comentaban lo inspirador de su espíritu y su mensaje, recalcando que con tan sólo once años ya parecía comportarse como un predicador. Jack se mostraba especialmente considerado con las personas necesitadas, aconsejando a los adultos que bebían en exceso y reconfortando a cualquiera que estuviera afrontando una enfermedad o una muerte en la familia. A J.R. le maravillaba que su hermano, que sólo le llevaba dos años, fuera capaz de conseguir que adultos que le triplicaban la edad se sintieran mejor consigo mismos.

J.R. se percató de que los hermanos mayores de sus amigos intentaban quitárselos de encima para que no se les pegaran en el pueblo o en la escuela, pero Jack siempre le recibía de buen grado. No obstante, ni siquiera la influencia positiva de Jack evitó que J.R. desarrollara una veta rebelde a medida que se fue acercando a la adolescencia, cuando comenzó a mostrar lo que su padre tildó de «insolencia». Se enfurruñaba y en ocasiones les contestaba a su padre y profesores. A los diez años empezó a fumar, que en aquella época era el *súmmum* de la rebeldía. Como no tenía dinero para comprar cigarrillos, se los sableaba a otros chicos o le robaba el tabaco de liar a su padre.

«En retrospectiva, aquel fue el primer indicio de la personalidad adictiva de John», comenta su hermana Joanne. «Los demás muchachos puede que se fumaran un cigarrillo ocasional, pero John fumaba a todas horas, menos cuando estaba en casa». De ningún modo se le habría ocurrido preocupar a su madre fumando delante de ella.

Jack, que no fumaba, descubrió el hábito de J.R., pero no le sermoneó al respecto. Aquella era una de las cosas que más le gustaba de su hermano. J.R. sentía un vínculo tan estrecho con Jack que incluso le encantaba ir a pescar con él, algo que no dejaba de sorprender al resto de la familia, ya que por lo general J.R. prefería pescar solo. Le gustaba la soledad. Igual que hacía durante sus paseos por el camino de grava, el muchacho se echaba en ocasiones junto a la orilla y contemplaba el cielo mientras cantaba sus temas favoritos, la mayor parte de las veces en silencio, para no espantar a los peces.

El sábado 13 de mayo de 1944, J.R. se estaba preparando para ir a pescar en su rincón favorito en una de las acequias de la colonia, próxima al paseo de cuatro kilómetros hasta el centro del pueblo. Jack, que para entonces contaba catorce años, estaba demasiado ocupado la mayor parte de las veces como para pasarse el día pescando. Si no estaba ayudando a algún miembro de la comunidad, intentaba ganar dinero para su familia repartiendo el *Memphis Press-Scimitar* o realizando trabajos puntuales. También aquel día tenía planeado ganarse un dinero

fabricando postes para vallas en el taller de agronomía del instituto. Sabía que a su familia le vendrían bien los tres dólares que iba a recibir a cambio.

Años más tarde, Cash rememoró una conversación en el salón del hogar familiar que le atormentaría durante el resto de su vida. «[Jack] comentó que tenía un mal presentimiento y mi madre le dijo: “Bueno, pues entonces no vayas”», contaba Cash. «Jack se quedó mirando la puerta de hito en hito cuando una expresión funesta apareció en su rostro».

«Ven a pescar conmigo», le rogó J.R., pero Jack se sentía obligado por su deber para con la familia.

Mientras Jack se dirigía hacia el pueblo, J.R. fue a su lugar de pesca habitual, pero sin demasiadas ganas. Se sentía inquieto. En vez de quedarse la mayor parte del día, al cabo de un par de horas recogió los bártulos y emprendió el regreso a casa. Fue entonces cuando vio el coche del cartero acercarse por el camino. Dentro iba su padre. Tan pronto como J.R. vio su rostro ceniciento, supo que algo malo había ocurrido.

Jack había estado fabricando los postes para valla cortando troncos de encina en el taller del instituto sobre una sierra de mesa que no tenía ningún tipo de protección y la hoja se le había hundido en el estómago. Atónito y sangrando, Jack salió dando tumbos del edificio mientras intentaba volver a meterse los intestinos en el abdomen. Un trabajador del instituto le vio y lo llevó rápidamente al hospital. El adolescente seguía vivo, pero inconsciente, cuando llegaron J.R. y su padre. La familia se reunió alrededor de la niña de sus ojos, sintiendo que su mundo se había resquebrajado cruelmente en un instante. Aunque los médicos se mostraron pesimistas, Jack aguantó con vida, si bien a duras penas.

Vecinos que habían recibido la ayuda de Jack durante años se pasaron por el hospital para unirse a los Cash en sus oraciones. Las muestras de afecto abrumaron a J.R. Todas aquellas personas amaban a Jack tanto como él. Más tarde diría que la experiencia le enseñó mucho sobre la compasión. Esperaba que algún día la gente acabara apreciándolo tanto como habían apreciado a Jack.

Cuando la condición del muchacho empeoró el miércoles, la iglesia baptista celebró una misa extraordinaria a la que acudieron ciudadanos de todo Dyess. Al enterarse al día siguiente de que el estado de Jack había mejorado considerablemente, Ray y Carrie Cash creyeron que se había producido un milagro, pero la euforia no duró mucho. La mañana del viernes, la familia fue informada de que el final era inminente y se apelotonó en el cuarto del hospital.

«[Jack] empezó a gemir y le pidió a mi madre que le agarrase la mano», contaría Cash, recordando la despedida mucho más tarde. Afirmaba que su hermano cerró

los ojos y le dijo a Carrie que estaba en un río. «Una dirección conduce hacia el mal lugar; la otra conduce hacia la luz. Me dirijo hacia la luz». Después añadió: «¿Puedes oír el canto de los ángeles? Mira esta ciudad, esta bella ciudad, el oro y todas las joyas, los ángeles. Escucha, mamá, ¿los oyes?».

Falleció la mañana del sábado.

Prácticamente todo el pueblo acudió el domingo al funeral, uniéndose a los Cash para cantar sus himnos predilectos. Jack fue enterrado en un cementerio en el cercano Wilson; en su lápida se grabaron las palabras «Reúnete conmigo en el Cielo». Años más tarde, Cash usaría la frase en una canción. En el punto álgido de su estrellato en 1970, Cash también le dedicó a su hermano su cancionero *Songs of Johnny Cash*.

Te perdimos un triste día de mayo en 1944.
Aunque las canciones que cantábamos
Han desaparecido de los campos de algodón
Aún puedo oír el sonido de tu voz
Pues se las canta en todos lados.

*Siempre en el recuerdo
Tu hermano, J.R.*

Todavía conmocionados, los Cash regresaron al campo el lunes. La cosecha no les iba a esperar. No obstante, la pérdida de su hijo fue demasiado para Carrie.

«Vi cómo mi madre caía de rodillas y hundía la cabeza en el pecho», recordaba Cash en su autobiografía de 1997. «Mi pobre padre se acercó a ella y la agarró del brazo, pero ella se lo sacudió de encima. “¡Me levantaré cuando Dios me dé impulso!”».

Por fin, lenta y dolorosamente, se puso en pie y retomó el trabajo. Aún tenía un marido que cuidar y niños que criar.

Durante toda la semana, J.R. no dejó de pensar en las palabras de su hermano y en aquella encrucijada entre la luz y la oscuridad. «Después de su muerte, tomé una elección sobre el camino que iba a seguir», le contó Cash décadas más tarde a un amigo, el productor y director de cine James Keach. «Al domingo siguiente, respondí a una llamada para acercarme al altar y estreché la mano del predicador y acepté a Jesucristo como mi salvador.

»[Jack] me ha acompañado todos estos años y, a veces, cuando estaba hecho un desastre, metido en líos terribles o encerrado en alguna cárcel, le decía: “Sé que te avergüenzas mucho de mí”. Sigo hablando con él. Muchas cosas podrían haber

sido distintas de no ser por él. Conocía el mundillo del entretenimiento. Sabía la de ruindades que se cometían en él. Mi padre siempre hablaba de los vicios del escenario, de los vicios de la industria del espectáculo. Pero Jack no. Él me animaba».

J.R. intentó evitar la mirada de su padre en los meses posteriores al fallecimiento de Jack, pues no quería ver en sus ojos la desilusión y el reproche. Su padre le dijo que el accidente nunca habría ocurrido si J.R. hubiera impedido que su hermano fuera al taller del instituto aquel día, pero la verdad, ¿qué habría podido hacer?

Durante aquella época J.R. se fue volviendo cada vez más distante, mostrando poco interés por los estudios o por quedar con los amigos. Más que nunca, atesoraba el tiempo que pasaba a solas, ya fuese pescando o en la biblioteca de la escuela. Incluso cuando estaba con sus amigos, éstos a menudo percibían una cualidad solitaria y melancólica en él. Rosanne, su hija, cree que una parte de aquel sentimiento de tristeza nunca abandonó a su padre. «Papá quedó muy profundamente afectado por la muerte de Jack y por la reacción de su padre, la recriminación, la culpa y la amargura», afirma. «Cuando una persona sobrevive a esa clase de dolor, el resultado puede ser una gran calamidad o un gran arte. Y mi padre tenía en su interior la semilla del gran arte».

Fue por aquella época cuando J.R. vio una película que le dejó una impresión indeleble. Para la mayoría de los críos, *El doctor Frankenstein*, el largometraje de 1931 sobre un científico loco que crea un monstruo al introducir el cerebro de un criminal en un cuerpo creado por él mismo, era simplemente una escalofriante historia de horror. Pero Cash se apiadó de la criatura, que acababa linchado por una multitud convencida de que había asesinado a una niña, cuando en realidad el monstruo había intentado hacerse su amigo. Explicando su simpatía por el monstruo, Cash dijo que se trataba de alguien «compuesto de partes malas pero que intentaba hacer el bien».

James Mangold, que dirigió *En la cuerda floja*, la película de 2005 sobre la relación entre Cash y June Carter en los años sesenta, charló con Cash sobre *Frankenstein* y a raíz de su conversación quedó convencido de que J.R. se sintió tan identificado con la película porque le preocupaba que, tras la muerte de Jack y la reacción de su padre, también él pudiera tener partes malas. «Desde luego se sentía espantosamente incomprendido por su padre».

En su soledad y pena crecientes, J.R. comenzó a anotar sus pensamientos, a veces en forma de poema, relato o incluso canción. Descubrió que le encantaba expresarse mediante la palabra escrita. «Nunca había experimentado la muerte ni en mi familia ni entre mis amigos, y de repente me di cuenta de que no era

inmortal, de que también yo podía morir algún día», dijo. Sus escritos reflejaban una oscuridad que reaparecería en su música con el paso de los años.

J.R. también intentó perderse en la lectura, demostrando una particular predilección por los libros de historia estadounidense y el salvaje Oeste. Aquellos relatos y crónicas estimularon su mente cada vez más inquieta y a menudo se los llevaba para leer mientras pescaba. También desarrolló un gran apetito por la poesía que nunca le abandonó.

Como muchos otros muchachos, se aficionó a Edgar Allan Poe cuando creció un poco, pero sobre todo reaccionaba ante aquellos poetas que, al igual que su adorada música góspel, ofrecían mensajes inspiradores. Sentía un aprecio especial por un poema de Joaquín Miller, «Colón». Años más tarde, su rostro se seguía animando al describir la historia de Colón atravesando el océano y afrontando una serie de contratiempos aparentemente imposibles, para responder en cada ocasión con un «¡A toda vela!».

«Puede que a algunas personas les parezca un poco ñoño, con esa manera que tiene Colón de exclamar “A toda vela”», reconocería Cash ya en su madurez, «pero yo siempre me estremecía de la emoción. Me encantan esas cosas».

En cualquier caso, nada le consolaba más en aquella situación que sus solitarios paseos nocturnos por el camino de grava, si bien ahora cantaba himnos además de las tonadas de Jimmie Rodgers y Ernest Tubb.

Fue durante una de aquellas caminatas cuando J.R. tuvo una revelación que le impelió a regresar corriendo a casa para compartirla con su madre. Llevaba meses intentando hallar la manera de mantener vivo el espíritu de Jack y, quizás, obtener una pizca de afecto de su padre. Incluso ponderó brevemente ordenarse sacerdote, pero ni siquiera a los doce años pudo convencerse de que fuera la elección correcta. La epifanía llegó mientras recorría el camino cantando góspel. Ésa era la solución. Podría extender el mensaje de Jack mediante la música; sería cantante de góspel.

Joanne Cash recuerda el momento en el que su hermano irrumpió corriendo en casa para compartir con su madre la noticia. Carrie sonrió y abrazó a su hijo. Cuando le contó a Ray el sueño más reciente del muchacho, éste se mofó. La reacción hirió a J.R., pero el joven ya se había acostumbrado a verse desilusionado por su padre.

La actitud de J.R. difería enormemente de la de sus hermanos y hermanas, más extrovertidos, y sus padres la interpretaban de maneras opuestas. En los ensueños y el amor por la música de J.R., su padre veía pereza y falta de concentración. Más tarde, Ray Cash explicaría: «Quería empezar a prepararle para el día en el que se quedara solo y tuviera que mantener a su familia». Ray incluso se quejaba de la

expresión facial de J.R. o, más bien, de la ausencia de la misma. Mientras que en el rostro de Jack había visto entusiasmo y afabilidad, a Ray le costaba interpretar lo que su hijo pequeño estaba pensando —o si le prestaba atención siquiera—, porque sus ojos no revelaban emoción alguna. Carrie Cash pensaba que el hecho de que su hijo fuera callado y soñara despierto eran indicios de una personalidad reflexiva y sensible. «Apenas decía nada», recordaría años más tarde, «pero escuchaba. Estaba empapándose de todo».

El muchacho intentó ser leal a su padre; era el Mandamiento que más importancia tenía para él y además apreciaba el modo en el que trabajaba incansablemente para mantener a la familia. No obstante, diría más tarde, no había manera de obviar la realidad: Ray Cash podía ser cruel, especialmente cuando bebía en exceso. Muchos de los parientes y amigos de la infancia de J.R. refutarían esa descripción de Ray. Decían que el viejo Cash era simplemente seco, como la mayor parte de los hombres trabajadores en la Norteamérica rural maltratada por la Depresión. Pero la lista de reproches de J.R. contra su padre iba más allá de no oírle decir «te quiero» con regularidad.

J.R. quedó marcado para siempre el día que regresaba de la escuela y encontró a su perro tirado en el bosque cerca de su casa, muerto. Para su horror, averiguó que su padre le había descerrajado un tiro al animal después de que éste se hubiera colado en el gallinero y hubiera matado a media docena de gallinas. La mayoría de sus vecinos habría hecho lo mismo, pero otros granjeros habrían buscado una manera más suave de comunicárselo a sus hijos, puede que diciéndoles sencillamente que el perro se había escapado. A J.R. le pareció que su padre casi se regocijaba en el hecho de contarle que le había disparado.

Años más tarde, Ray Cash dijo que desearía haber manejado el incidente de otra manera. «Si me hubiera parado a pensarlo, no habría matado a aquel perro», le contó a Christopher S. Wren para *The Life of Johnny Cash: Winners Got Scars Too*, una biografía publicada a primeros de los setenta. «Llevé al perro a rastras hasta el bosque. Odié tener que matarle, pero lo hecho, hecho estaba. J.R. encontró al perro y vino a preguntarme por qué le había disparado. Se lo dije. Nunca ha vuelto a mencionarme nada al respecto hasta hoy».

Aunque Ray Cash nunca hizo ninguna declaración sobre lo que pensaba respecto a J.R. y Jack, persistió cierto resentimiento sobre la tragedia.

«El abuelo siempre culpó en cierto modo a mi padre por la muerte de Jack», afirma Kathy, la hija de Cash. «Y papá tuvo durante toda su vida un aura muy real de tristeza y culpabilidad. Se lo podías ver en los ojos. Fíjate en prácticamente cualquier foto y verás esa tristeza en su expresión. Papá incluso me contó [...] que una

vez que su padre había estado bebiendo, le dijo algo por el estilo de “Lástima que no fueras tú en vez de Jack”. Yo le dije: “Dios mío, papá. A quién se le ocurre decir algo tan horrible”. Y me contestó: “Ya, pienso en ello cada vez que le veo”».

IV

J.R. iba un día caminando por una de las carreteras de la colonia, más de un año después de la muerte de Jack, cuando le sorprendió oír música saliendo de una de las casas de madera. Al principio no supo si la voz y los rasgueos de guitarra provenían de un disco o de una persona en el interior. Curioso, se acercó a la puerta, donde vio a un chico aproximadamente de su edad que cantaba e interpretaba un viejo éxito de Ernest Tubb titulado “Drivin’ Nails in My Coffin”.

El chico, Jesse Barnhill, invitó a J.R. a pasar; se mostró encantado de conocer a alguien más interesado en la música. J.R. había visto al adolescente en la escuela, pero nunca se había relacionado con él. Jesse padecía la polio, lo cual le entorpecía y dificultaba el caminar. Su brazo derecho, paralizado, medía la mitad que el izquierdo, y su mano derecha estaba contrahecha. A J.R. le maravilló que el muchacho pudiera tocar la guitarra.

Jesse intentó enseñarle a tocar, pero J.R. no terminaba de pillarle el tranquilo. Aun así, ansiaba hacerse con una de las guitarras que había visto en el catálogo de Sears Roebuck, sobre todo el modelo Gene Autry, pensando que sería divertido sostenerla mientras cantaba, pero los Cash no se la podían permitir, de modo que la mayor parte de las veces se limitaba a cantar mientras Jesse copiaba los fraseos de guitarra de los discos.

J.R. no sólo empezó a pasar cantidad de tiempo con Jesse, sino que también ayudó a su amigo a superar sus titubeos para enfrentarse al mundo exterior, ignorando a los críos que se burlaban de él. Con J.R. al frente, iban juntos hasta el centro del pueblo, habitualmente para ver una película o escuchar la gramola en la diminuta cafetería. A menudo se les unía Harry Clanton, un compañero de clase de J.R. A éste le caía bien Harry porque tenía un maravilloso sentido del humor y a J.R. le encantaban las bromas. Juntos, J.R. y Harry pasaron a ser conocidos como los bromistas y gamberretes de la clase, haciendo lo que fuera necesario para divertir a los demás alumnos mediante trastadas como dejar una ardilla muerta en el cajón del escritorio de la maestra o provocar un desbarajuste en la biblioteca cambiando decenas de libros de sitio.

Cuando J.R. se sentía particularmente agresivo, las bromas tomaban un cariz más perverso. Le encantaba, por ejemplo, romper las botellas que encontraba

apiladas detrás de los comercios del pueblo o colarse en un sembrado en plena noche para pegarle fuego al almiar de algún granjero. En el anuario del instituto de Dyess, al término de su primer año como estudiante, Cash aparece identificado con el apodo de «El historiador», por su interés en la materia, mientras que Clanton, que era conocido en todo el centro como el cerebro detrás de todas las gamberradas, es simplemente «El planificador».

Tras su excursión semanal al cine, Cash nunca tenía suficiente dinero para echarlo en la gramola, pero se le daba bien convencer a otros para que pulsaran el botón junto al nombre de Eddy Arnold, que había pasado a ser su nuevo favorito. A mediados de los años cuarenta, Arnold era la principal estrella emergente de la música country gracias a sencillos como "I'll Hold You in My Heart (Till I Can Hold You in My Arms". Alejándose del *honky-tonk* más crudo preferido habitualmente por J.R., Arnold cantaba con un estilo melódico cercano al pop que en cierto modo le convertía en el Bing Crosby del country.

Un día de verano en 1947, J.R. escuchó en la radio que el reparto de uno de sus programas favoritos, *High Noon Roundup*, iba a dar un concierto en Dyess. La familia Cash al completo escuchaba el programa, que se emitía en directo desde la emisora WMPS de Memphis, durante sus pausas para el almuerzo en el campo. J.R. se presentó en la escuela, acompañado de Jesse y Harry, dos horas antes de que comenzara el concierto, dándole caladas ansiosas a un cigarrillo con la esperanza de que se le ocurriera una manera de conocer a los Louvin Brothers, que eran las estrellas del programa diario.

J.R. reconoció a Charlie Louvin en cuanto lo vio salir de un Cadillac negro y sus rodillas comenzaron a temblar cuando Louvin se dirigió hacia él. Lo único que quería Louvin era saber dónde estaba el cuarto de baño, pero J.R. aprovechó la oportunidad para guiar a la estrella de la radio hasta allí. Quiso preguntarle cómo podría entrar en el negocio de la música, pero no se atrevió. En cualquier caso, sólo caminar junto a Louvin hizo que la idea de convertirse en cantante profesional pareciera más posible.

Después del concierto, J.R. y sus amigos observaron mientras los músicos guardaban el equipo en su coche y emprendían el regreso a Memphis. J.R. habría dado cualquier cosa por ir en el coche con ellos. Cuando Louvin le saludó con la mano al partir, fue su momento de mayor ilusión desde que Eleanor Roosevelt le estrechara la mano. En las semanas posteriores al concierto, J.R. empezó a pensar en los cantantes de country y los Roosevelt desde una misma perspectiva. Unían a las personas, hacían que se sintieran bien y el pueblo los aclamaba. Asumió, por supuesto, que todos debían de ser baptistas.

V

A medida que J.R. fue cursando el bachillerato, comenzó a sentir una creciente preocupación sobre su futuro. A pesar de todo el tiempo que había dedicado a pensar en llegar a la radio, se dio cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cómo conseguirlo. Dyess no tenía ninguna emisora en la que pudiera intentar convencer a algún bienintencionado locutor para que le diese a un joven del lugar la oportunidad de demostrar de lo que era capaz. J.R. seguía diciéndoles a su familia y amigos que algún día cantarían en la radio, pero en privado comenzaba a tener sus dudas.

A decir verdad, Ray no era el único miembro de la familia Cash que albergaba dudas sobre los sueños musicales de J.R. Carrie quería apoyar a su hijo, pero la voz de éste era demasiado aguda, nada que ver con los matices roncros y profundos de los cantantes que oían en la radio. Además, era tímido. ¿Cómo iba a ser cantante si no era capaz de plantarse delante del público? Carrie había intentado ayudar a J.R. a superar sus inseguridades arreglándolo para que cantase un día delante de su congregación. Cash lo recordaría más tarde como «la experiencia más horrorosa de mi vida». Podría haber estado bien si su madre le hubiera acompañado en el escenario, pero se encontró solo junto al predicador y con un desconocido al piano. Aunque Cash consideraba que lo había hecho «de pena», su madre no cejó; siguió insistiéndole para que cantara frente a la congregación, y todas y cada una de las veces J.R. se sentía avergonzado. No era el hecho de cantar; era el hecho de que hubiera gente observándole.

Aquel muro de timidez comenzó a agrietarse una tarde de verano en 1947. Carrie y Joanne estaban fregando los platos en la cocina cuando, a través de la ventana abierta, oyeron una voz que cantaba una nueva canción góspel que estaba triunfando por todo el país, “Everybody’s Gonna Have a Wonderful Time Up There”.

Carrie miró por la ventana y vio a un J.R. de quince años bombeando agua para llenar un cubo.

«¿Eres tú el que canta, J.R?».

Éste se giró hacia ella y sonrió: «Sí, mamá. Mi voz se ha vuelto un poco más grave».

Carrie hizo entrar a su hijo en la cocina y lloró mientras lo abrazaba.

«Tienes un don, J.R. Vas a ser cantante», le dijo. «Dios ha posado su mano sobre ti. Vas a transmitir el mensaje de Jesucristo».

Carrie se quedó tan prendada del «don» de J.R. que juró hacer cuanto estuviera en su mano para estimularlo. Quiso que J.R. diera clases de canto, pero éste se

resistió durante casi dos años. Pero Carrie insistió. Estaba ganando entre cinco y seis dólares a la semana usando la nueva lavadora de la familia para lavar la ropa de algunos profesores de la escuela. Fue apartando tres dólares para una lección semanal con una joven maestra en Lepanto, un pueblo más grande a trece kilómetros de allí. J.R. acudió a regañadientes para estudiar con LaVanda Mae Fielder. Quizá no le hubiera molestado si hubiera podido cantar canciones que conocía, pero su maestra le obligaba a cantar temas que consideraba buenos ejercicios vocales, como la balada irlandesa “I’ll Take You Home Again, Kathleen”.

Al cabo de sólo tres lecciones, Fielder acabó frustrada ante la falta de progresos por parte del adolescente. Para conseguir que se sintiera más cómodo, cambió de estrategia. Le pidió que escogiera una canción. Cash pensó de inmediato en Hank Williams, cuyo “Lovesick Blues” sonaba en todas las emisoras durante los primeros meses de 1949. La oportunidad de cantar uno de sus nuevos temas favoritos liberó a J.R. y su voz adquirió un matiz tan absorbente que la maestra cerró la tapa del piano y le dijo que no volvería a darle más clases. Y que jamás permitiera que nadie cambiara su estilo. «Jamás», le repitió enérgicamente.

Aquellas palabras le dieron a J.R. suficiente seguridad en sí mismo como para plantarse al fin frente a la congregación de su iglesia sin echarse a temblar. También comenzó a mostrarse más activo en el instituto, ampliando su grupo de amigos e incluso enseñándoles sus poemas y otros escritos a algunos de sus compañeros. Se labró tal reputación como escritor que varios de sus amigos le pagaban —habitualmente unos cincuenta centavos— para que hiciese sus poemas o redacciones por ellos. «Se le daban bien las palabras», recuerda J. E. Huff. «Era más listo que nosotros. De eso no cabe duda». A otro compañero de clase, A. J. Henson, le gustó tanto un poema que J.R. escribió para él que aún era capaz de recitarlo más de cinco décadas más tarde:

*El mayoral montó en su fiel corcel
A través de llano y erial.
Dijo: «Cabalgaré hasta el sol de poniente
A menos que pierda el ronzal».
El mayoral aflojó las riendas
Y Bob echó a galopar.
Cabalgó hasta el sol de poniente
Y cogió el tren para regresar.*

A.J. obtuvo un sobresaliente con el poema.

Aun así, J.R. no podía quitarse de encima la presión de hallar un empleo para después de las clases. Todos aquellos años durante los que su padre le había dicho que era absurdo desperdiciar sus energías en la música le habían hecho mella.

VI

Ahora que se acercaba su último año de bachillerato, J.R. y sus amigos dedicaron numerosas veladas a intentar idear un modo de escapar de la ardua vida llevada por sus padres. «Lo único que sabíamos con seguridad era que no íbamos a ser granjeros», dice Huff. El programa gubernamental en Dyess les había dado a personas como Ray Cash la oportunidad de sobrevivir, pero nunca de prosperar. La tierra estaba tan desgastada que había perdido la escasa riqueza que hubiera podido tener, dificultando que las familias cosecharan ni siquiera lo justo para cubrir los gastos. Muchos de los veteranos abandonaron la colonia del delta para trasladarse a Memphis, a tan sólo ochenta kilómetros, o a otras zonas del país donde podrían encontrar trabajos más sencillos y mejor pagados. Ray Cash comenzó a aceptar trabajos puntuales en pueblos cercanos para complementar sus ingresos.

J.R. sopesó junto a sus colegas las principales salidas a las que solían recurrir los jóvenes de familias pobres del Sur en los años cuarenta: dirigirse al norte a las fábricas de automóviles en Michigan o alistarse en el ejército. Existía una tercera opción —emigrar a California con la esperanza de encontrar trabajo agrícola—, pero en Dyess nadie quería seguir teniendo nada que ver con los cultivos. Hanson fue el primero de los tres en dar la espantada. Mientras J.R. y J.E. completaban sus estudios, A.J. se unió al ejército.

Aparentemente, J.R. tuvo un último año de instituto agradable, si bien sus notas, como de costumbre, sólo estuvieron ligeramente por encima de la media en la mayoría de las asignaturas, incluyendo sus favoritas, Lengua e Historia. Fue elegido subdelegado de la clase, intervino en obras de teatro y fue elegido para cantar en la ceremonia de graduación; no fue una canción country, sino “Drink to Me Only with Thine Eyes”, una expresión de fe con letra extraída de un poema del siglo XVII escrito por Ben Jonson. Los editores del anuario le dedicaron una mención especial: «Fue este año cuando uno de nuestra quinta demostró tal talento sobre el escenario, tanto como actor como con su voz, que consideramos que se merecía este reconocimiento público: este muchacho fue J.R. Cash».

Pero las buenas sensaciones provocadas por su último año de estudios no duraron demasiado. En el fondo, J.R. no podía eludir el hecho de que no tenía ni idea

de cómo abrirse paso en la industria de la música. Se planteó ir hasta Nashville, la capital de la música country, pero sabía que carecía del valor necesario y saberlo le dejó abatido. A partir del día de la graduación, se quedó incluso sin el placer de sus paseos solitarios.

Desesperado por demostrar independencia ante su padre, J.R. se enteró de que había trabajo en Arkansas occidental recogiendo fresas y, a pesar de todos los años que había pasado teniendo que recoger algodón, se dirigió al pueblo de Bald Knob. El viaje resultó ser un fiasco; los cultivos de fresas eran demasiado pequeños como para que le saliera rentable la estancia, de modo que regresó a casa al cabo de tres días. Cash se había quedado sin ideas cuando se topó por casualidad con Frank McKinney, un barbero de Dyess que se estaba planteando coger el autobús hasta Michigan para buscar empleo en la industria del automóvil. Invitó a J.R. a que lo acompañara y éste accedió con tanta premura que se pasó todo el trayecto preguntándose si no habría cometido un error.

En Michigan, J.R. encontró trabajo el primer día como operador de una perforadora industrial en la planta de carrocerías Fisher en Pontiac. Caminaba dos kilómetros y medio cada mañana para ir a trabajar, pero el paseo no se parecía en lo más mínimo al camino de grava en Dyess. En las calles urbanas no podía cantar y apenas le quedaba ánimo suficiente para soñar despierto. Se sentía atrapado. Lo único que tenía para hacerse compañía eran los pitillos que fumaba sin parar. Desde el primer día, el trabajo le resultó tedioso y repetitivo; mucho peor que recoger algodón en casa, ya que carecía del amor de su familia y su comunidad. Por primera vez, también experimentó el escozor de verse relegado como un foráneo, como alguien considerado inferior. Aquella experiencia le llevó a cuestionarse por primera vez algunas de las actitudes racistas predominantes en Dyess.

Un día, mientras J.R. estaba trabajando en un Pontiac, se le escurrió el guardabarros y se hizo un corte en el brazo. Cuando fue al dispensario, un médico consultó su ficha y sonrió burlonamente cuando vio las palabras «Dyess, Arkansas». «Todos los paletos del Sur sois iguales, siempre buscando maneras de escaquearos del trabajo», le espetó. J.R. intentó explicarle que había sido un accidente, pero el médico se mostró inflexible. Cash recordaba la respuesta del doctor: «¿Cuánto tiempo piensas trabajar aquí? ¿Lo justo para embolsarte una o dos buenas nóminas para luego desaparecer como hacen todos?».

Pocos días más tarde, Cash sufrió una gripe estomacal, pero se negó a volver al dispensario, no quería verse sometido a nuevos agravios. La casera de su pensión le sirvió un gran vaso de vino y le dijo que se acostara y que ya vería como se sentía mejor a la mañana siguiente. Cash se sintió mejor a la mañana siguiente, pero

decidió que se volvía a casa. Entre la monotonía del trabajo y los prejuicios contra los sureños, un par de semanas le habían bastado para hartarse de la fábrica de automóviles. Regresó a Dyess haciendo autoestop.

A su madre le emocionó ver a su hijo, pero también le alarmó comprobar lo delgado que estaba. Siempre había sido enjuto, motivo por el cual no se había apuntado a los equipos deportivos del instituto como la mayoría de sus amigos, pero ahora estaba en sesenta kilos, poco para un adolescente de metro ochenta. Carrie hizo lo posible por atiborrarlo con comida casera a todas horas.

A pesar de sus ansias de independencia, J.R. estaba tan desesperado por encontrar empleo que aceptó la oferta de su padre de intentar colocarlo en la fábrica de margarina cercana a Dyess en la que Ray había empezado a trabajar. Como era de prever, J.R. odió lo reglamentado del trabajo y se despidió al cabo de unos pocos días. Ray se limitó a negar con la cabeza una vez más. J.R. se preguntó si su padre no tendría razón al fin y al cabo. A lo mejor nunca llegaría a nada. Quizá era verdad que era perezoso y disperso.

Falto de otras opciones, decidió seguir los pasos de su padre una última vez y hacer lo mismo que había hecho Ray tres décadas antes: alistarse en el ejército. A J.R. siempre le había gustado oírle contar a su padre sus aventuras durante la Primera Guerra Mundial y describir ventajas tan atractivas como ir a París y ver la torre Eiffel. Además, aquella era una manera de complacer al fin a Ray. Primero se planteó alistarse en el ejército de tierra, como su padre, pero las Fuerzas Aéreas parecía una opción más glamurosa y probablemente más segura, en caso de que todos los rumores que auguraban una guerra en Corea acabaran resultando ciertos.

El 7 de julio de 1950, J.R. condujo el Ford del 45 de los Cash hasta Blytheville y se alistó en las Fuerzas Aéreas. Debido a que el reglamento exigía un nombre de pila en vez de iniciales, J.R. se inscribió como John, a pesar de que nadie le había llamado nunca así. Cuando le preguntaron el segundo nombre, indicó simplemente «R». Apenas hacía seis semanas que había terminado el instituto y, tras numerosos arranques en falso, por fin se estaba despidiendo de Dyess.

En su cabeza, sin embargo, J.R. regresaría con frecuencia a su pueblo natal; no sólo a la casa de la Carretera 3 y a su familia, sino también a la comunidad en su sentido más amplio. En ocasiones se imaginaba saliendo del cine en el centro del pueblo y girando a la derecha, donde podría ver el porche del edificio administrativo inaugurado por Eleanor Roosevelt. Después giraría a la izquierda, recorrería una manzana por la calle principal y vería la vieja iglesia baptista, avanzaría otra manzana hasta llegar a la biblioteca de la escuela y el salón de actos en el que había visto a los Louvin. Un poco más abajo, J.R. podría imaginar la orilla en la

que a menudo pescaba y otro lugar del río en el que fue bautizado. Era un paseo corto, apenas 250 metros, pero sabía que la lección aprendida en Dyess era una de inspiración y esperanza.

Cuando J.R. se despidió de su familia en la estación de Memphis y subió al tren con rumbo a la base aérea de Lackland, en San Antonio, Texas, la emoción inicial de hacerse militar rápidamente dio paso al nerviosismo. Se descubrió mirando silenciosamente por la ventanilla, evitando conversar con otros alistados, algunos de los cuales parecían realmente entusiasmados con la posibilidad de vivir aventuras. Una de sus preocupaciones al alistarse había sido que pudieran enviarle a luchar en Corea. Ahora le inquietaba otro tipo de supervivencia.

Al igual que durante el trayecto de autobús a Michigan, pronto comenzó a preguntarse si no habría cometido un error. Si acaso, el fracaso de su experiencia en Pontiac le había vuelto más aprensivo aún. ¿Acabaría también aquel viaje en desastre? ¿Acaso era lo suficientemente despierto como para competir con los chicos de la gran ciudad? ¿Le tratarían los reclutas del Norte con el mismo desprecio que el médico de Pontiac?

¿Y qué pasaba con sus valores espirituales? No estaba acostumbrado a verse rodeado de alcohol y nunca había tenido una relación seria con una chica. ¿Sería capaz de seguir el camino de la rectitud o acabaría decepcionando a Jack y a su madre? ¿Era posible quedar descalificado? ¿Le enviarían las Fuerzas Aéreas de vuelta a casa si no daba la talla?

La posibilidad de llegar a sufrir tal humillación le dejó helado. No conseguía sacudirse de encima el temor ante lo que le esperaba. Al fin, J.R. se limitó a apoyar la cabeza contra el respaldo de su asiento y, como hacía a menudo en momentos de tensión, esperó ser capaz de hallar algo de consuelo en la evasión del sueño.